

Palabras sobre Pedro de Peralta

Por Luis Jaime Cisneros

Tres años antes del nacimiento de Peralta, llega al trono de Francia Luis XIV, a cuyo memorable nombre deberá ese país una pujanza y un esplendor no repetidos. En la mayoría de las literaturas románicas, esa fecha coincide con el fin del período preclásico. En la historia de la lengua también. Una nueva conciencia se denuncia, y nutridos de ella los hombres discuten sobre problemas de literatura y de lenguaje. La lengua es un consciente fenómeno social; las preocupaciones generales descubren que a través de la lengua, que ahora es posesión común, llegan a tocarse las almas. Mientras tanto, se produce la aristocratización de la sociedad. Una etiqueta escrupulosa asigna a cada cortesano el sitio respectivo que le cabe frente al rey. Preside la vida un riguroso y estricto. Formas y rangos sociales están a la orden del día. Cada rango comporta un título, cada título un tratamiento, cada tratamiento reclama formas lingüísticas esmeradas. La literatura de encargo, para no hablar del género epistolar, revelan ostensiblemente esta preocupación por un orden social perfectamente establecido. La lengua se recrea con fórmulas de urbanidad, y las ceremonias se convierten en la esencial preocupación. Están en vigencia los salones.

Nuestra vida literaria, nuestra sociedad culta estará enmarcada dentro de moldes derivados de ese prototipo francés, en instantes en que Peralta ingresa en la vida intelectual. Su obra y su biografía no se hacen al margen de este cuadro general.

Fénix americano 'Pico de la Mirándola peruano', 'monstruo de erudición', resume por sí solo Pedro de Peralta el prestigio de la Academia que alentó Castell dos Rius y exige hoy, a trescientos años de su vida, meditado análisis y renovado perfil. Polígrafo, humanista cabal, al modo en que había que serlo en su época, incapaz de distinguir las fronteras exactas entre las ciencias, vive Peralta en momentos en que más que un fenómeno de síntesis, la cultura lo es de superposición de noticias. "El método rigurosamente deductivo de la escolástica no provee a los intelectuales de espíritu histórico para comprender el caso particular o distin-

guir lo concreto más allá del muro de fórmulas e ídolos verbales que esconde". Gigante de la cultura barroca, es hombre necesariamente vinculado con la nueva ciencia europea. No la desconoce. La asimila. La difunde. Está penetrado de ella. Pero ese contacto "no es tan fecundo que destruya el marco de la antigua mentalidad". Ese es, de otro lado, signo claro de todo nuestro mundo colonial americano. Pero es natural, dice Riva Agüero, "que un hombre de tan inmensa ilustración... tenía que dejar prendidos entre la selva de relumbrante hojarasca, de túmida vaciedad de sus opúsculos palatinos y universitarios, algunos rasgos de su saber".

Hombre de su época. La literatura es el instrumento ideal entonces para dar la gran batalla por las ideas. Ha llegado, con su época, sin que sus contemporáneos se percaten con claridad de lo que ello significa, la hora de la inteligencia. Hay una asombrosa conquista, que no se proclama sin zozobra: la inteligencia es libre, dueña de sí misma, con dominio hondo sobre su insondable horizonte. Afirmarlo significa renegar de la tradición y arrinconar al misterio. La noche ha quedado atrás. Esta nueva conquista del hombre permitirá una mejor y más cabal conquista de las almas. Porque este triunfo permite incurrir en la gran alegría de pensar, por la cual cada uno puede brindarse a los otros y hacerse comprender para que comprendan todo. La inteligencia es dueña y señora. Se acerca a las cortes, penetra en el arte, refrenda el gusto, modera los instintos, se incorpora a la literatura. Es un signo de los tiempos. Pero la inteligencia de Peralta es rara, y así lo proclama en verso el propio virrey Castell dos Rius:

*Peralta... ¡oh, numen insígne!
estupenda vena rara,
philosophica, perita,
poética, matemática.*

Hombre, pues, múltiple. Sino que todo escritor contemporáneo resulta un polígrafo que no puede dar "a los conocimientos humanos la clara división a que nosotros los sometemos; y hay que advertir que lo pueril, lo serio, lo especializado y lo meramente formulista y retórico alternan en su hinchada producción". Los autores lo son de asuntos universales. Y es esa diversidad de temas la que "da a la personalidad de los autores un carácter tan bizarro que elude, a veces, toda buena clasificación sistemática". Por eso las obras de eruditos como Peralta ilustran un conflicto "por someter todo lo que ven y observan al esquema escolástico, al que se agrega como otro obstáculo, el criterio de autoridad". En ese tipo de literatura se cumple con exactitud "aquel aforismo kantiano de que cuando se traspasan los límites de una ciencia y se invade otra, no es precisamente un aumento lo que se produce sino una desnaturalización". Esa desnaturalización aparece ciertamente en los vocablos negativos que para Pedro de Peralta reclamó Menéndez y Pelayo, y a ella

se reducen por cierto algunos juicios ligeros de Ricardo Palma. Lo ha explicado con su proverbial lucidez Mariano Picón Salas: "Vacilando entre la ciencia y la fe, desdeñando los métodos e instrumentos de medida que ya el pensamiento renacentista comenzó a aplicar en su estudio del mundo físico, el erudito colonial es un prisionero del laberinto". Lee de todo y fue voraz, voracísimo, Peralta; pero carece de método para obtener sus últimas conclusiones.

La verdadera vocación de Peralta fue, en el sentir de Riva-Agüero, la de matemático y astrónomo. A ello quizás alude el nombre de Urania bajo cuya advocación arriesga su vejamen el virrey Castell dos Rius. Interesado en problemas astronómicos, es Peralta indudable deudor de los progresos augurados por Kepler, que postuló la explicación mecánica de los movimientos planetarios, así como resulta beneficiario de los métodos infinitesimales proclamados por Leibnitz. Los más frecuentes elogios de sus compañeros de trances académicos insisten en declarar esta afición. Lo anota tímidamente don Manuel de Rojas en la sesión del 19 de diciembre de 1709:

*Centro de heroicas centellas,
venero al docto Peralta,
cuando su númen lo exalta
a dominar las estrellas*

Y más abiertamente, sin alarde retórico, lo confiesa el marqués de Brenes, un año después:

*De Peralta la altanera
pluma, remonta sus vuelos
a la celestial esfera,
con que el orbe le venera;
porque escribe de los cielos.*

No elogio retórico, sino descripción cabal. Antes que atestiguar una esmerada atención al mundo de las ciencias, ambos testimonios declaran a Peralta hombre comprometido con su época. Es el momento en que se ha dado, en el campo de las ciencias de observación, el gran paso de la visión natural a la visión telescópica, y de la que arranca, en rigor, la era científica moderna. Está viviendo Peralta momentos en que la geometría o el cálculo ya no se aplican "para fenómenos donde la ley matemática es evidente", sino que se orientan a "dirigir sistemáticamente a la experiencia, de manera que fuerce a la Naturaleza a descubrir su secreto, a desvelar la ley matemática, simple y fundamental, que se oculta a la debilidad de nuestros sentidos o que disimula la complicación de los fenómenos". No en balde se ha producido, varias décadas atrás, el fenómeno Descartes.

Las ideas estéticas de Peralta están endeudadas a Góngora, en la medida en que el ilustre cordobés orienta y rige la marea poética americana. "Todo lo salpimenta Góngora, —explica Alfonso Reyes— y los extremos de su invasión son sensibles en la cantidad de centones gongorinos, plaga de ambas Españas. Innegable flaqueo del gusto, bastan esos títulos para que la crítica muchas veces se dispense de leer las obras. Ya no hace falta defender la índole florida, manifiesta en los escritores peninsulares desde la edad de plata de las letras romanas; ni, más tarde, el preciosismo ingénito, o sus particulares manifestaciones en el gongorismo y el conceptismo, estos gemelos enemigos. Ya no hace falta justificar tales exacerbaciones dentro de la marea general del barroco, que es todo un orbe mental y estético". Cíclope de ese orbe mental americano es Góngora, y en esa línea incurre Peralta, pese a lo que en su *Historia de España vindicada* confiesa:

"En lo que toca al estilo, naturalmente repugno el afectado, y sólo sigo el propio"

Poco se ha trabajado sobre esta confesión, y antes bien se la ha pretendido aducir como dato contradictorio. Lo recojo para insistir en la afirmación de la línea gongorista. La prosa de Góngora no ofrece testimonios de estilo levantado, sino que muestra su aptitud para el neologismo, su franca acogida a las voces coloquiales, en la misma medida en que —no ya la prosa de Peralta— sino muchas de sus dispersas intervenciones académicas lo registran.

Es el Góngora de la *Fábula de Piramo y Tisbe* el que aparece en la noche inspirada del 21 de octubre de 1709:

*Hoy mi musa en nobles piedras
divina Fili, te copia,
duras como tu esquivéz,
como tu beldad preciosas.*

*Tu rubio hermoso cabello
trenzado topacios doran,
golfo en que son a las almas
gloria y naufragio las ondas*

*Luciente, terso diamante,
forma tu frente espaciosa,
que en el oro de tu pelo
se engasta brillante joya*

*De áureo jacinto las cejas
son arcos, de donde arroja
Cupido, flechas, que, ardientes,
vitales heridas forman.*

El contraste entre el socorrido 'mortales heridas de amor' con las *vitales heridas* del texto; el enfático *luciente* con que encabeza una cuarteta; el juego con los atributos de la *preciosa piedra dura*, aparte del ritmo y de los encabalgamientos vienen de la mejor estirpe culterana. Los ejercicios gongorinos, con los inevitables altibajos de todos los imitadores del inimitable don Luis, asoman a lo largo de las sesiones académicas patrocinadas por el virrey. Falta estudiar con detalle entre nosotros el significado de esta Academia que exige una confrontación minuciosa con sus lejanos modelos europeos, para seguir el hilo de la inspiración temática y descubrir cuáles son los rasgos pertinente, que parecen mostrarse tímidamente en el campo de la métrica. Como esos estudios no existen aún, no ha relacionado nuestra crítica esta Academia con el ambiente político social de la hora. Pero entraña esa tarea una impostergable empresa para la historia de las ideas en el Perú. La Academia importa no solamente una 'idea' de la sociedad o de la literatura, sino una nueva idea del 'hombre'. Los temas inocentes que suelen ser en ella motivos de ejercicio retórico se juzgan a veces con alguna imprudencia, como si no fueran testimonios probantes de una nueva manera de entender el 'sosiego'. Nos movemos ante el ideal de humanidad de la Contrareforma, y copiamos probablemente una variedad francesa de ese ideal, donde la espontaneidad se ha roto y donde la reflexión, el ingenio, la razón y el intelecto "gobiernan y regulan su vida afectiva y la sujetan a un dogma". El dogma ya apuntado de las maneras correctas y las conveniencias sociales. Y la nueva estética que de ello deriva exigirá la más estricta atención hacia todo movimiento relacionado con la expresión: "desde la posición del cuerpo y los ademanes hasta la articulación de las sílabas".

Quisiera recordar a este respecto, como acotación marginal, un pasaje del Chevalier de la Méré, amigo de Pascal, en sus *Maximes, sentences et reflexions morales et politiques*:

"La gravedad no es incompatible con la jovialidad: el continente serio inspira respeto, y el buen humor, si se manifiesta con oportunidad, halaga a la vista. Yo quisiera templar lo uno con lo otro, porque muchas veces la gravedad parece más reservada que lo que sería de desear... Es menester, pues, que la gravedad sea menos severa que dulce, y que la jovialidad sea más galante que familiar".

Y me interesa destacar además las repetidas ediciones de un libro de Eustache Du Refuge, que circuló profusamente entre los contertulios del Hotel de Rambouillet, entre los que se contó Castell dos Rius. De esta corriente es de donde sale la decisión de "luchar con toda conciencia por alcanzar un modo de elocución y de pronunciación sujeto a normas regulares". Ello es lo que podrá explicarnos las preocupaciones de Peralta

por el uso de ciertas consonancias y por ciertos problemas de métrica, en los que se denuncia otro modo de su preocupación lingüística.

Este demorado ejercicio académico del virrey, se relaciona —de otro lado— como reflejos del “amor a la conversación”, fomentado en los salones literarios franceses. Picard atribuye el fenómeno al espíritu de sociabilidad. Es verdad que para la multiplicación de los salones literarios concurrieron siempre determinadas circunstancias, y también es cierto que debieron cumplirse lentas transformaciones en las costumbres. Es en los salones donde se desarrolla cierto afinamiento espiritual y una modificación del comportamiento ciudadano. Los salones literarios proporcionan a la sociedad lo que el Estado es incapaz ciertamente de ofrecer. “Ellos son los que van a dar la tónica, y servir a la cultura general, y se van a convertir en el centro verdadero de la vida intelectual, desde el cual atraerán a todos los espíritus, no sólo del mundo provinciano sino del mundo entero, creando de este modo una tradición que ha de perdurar”.

Vivir se convierte así en una pasión de los hombres cultivados, y hasta llega a ser una pasión también en el rico burgués. Los documentos prueban que no hubo academia sin música, y pruebas hay por doquiera a través de las que esta sociedad se muestra engolosinada por la música de cámara.

* * *

Errado sería pensar que esta actividad académica incapacitó a sus contertulios para toda otra digna preocupación cívica. No importa que veamos a Peralta competir con Bermúdez de la Torre a quién describe mejor la hazaña del príncipe de Asturias de haber dado muerte a un toro. Si nos atenemos a la importancia que desde La Bruyere adquiere la confesión interlineal, podríamos pensar que en el fondo de sí mismo tal vez se asiló en Peralta un sentimiento de protesta por la conducta impuesta por España. Lo pienso al leerle, hablando de la España romana, esta transida confesión de dolor:

“Era entonces España, la América de los romanos: semejante en las riquezas y en la extracción de las riquezas. Desdichada provincia donde dos veces se sacaba la sangre de sus habitantes: a cuyos males les servía la muerte que toman de remedio”.

Esta confesión, de contenido histórico político innegable, bien puede unirse a la que destacó Riva Agüero en su tesis de 1910. En ella Peralta elogia la paz “su índole mansa y sosegada” en frases que Riva Agüero destaca, con justicia, como testimonios de “belleza, serenidad y decoro”:

“Es la paz la hermosura para que trabajan los guerreros; es el lazo del mundo, y todos los amores de la humanidad; es la dádiva de la Naturaleza y la herencia de Dios... En el Gobierno es el fin de toda la política, a que miran las reglas y las leyes... Es la cornucopia de todos los bienes; más segura que todas las conquistas y más gloriosa que todos los triunfos. En la Moral es árbitro de los corazones, y aun es la que forma uno de muchos; ella y la Caridad no se distinguen. Es la alumna de la Fe, la columna de la Justicia, con quien entre los presentes no hay diversidad y entre los ausentes no hay distancia; la que por medio de su influjo une lo terreno a lo celeste, y la que concilia lo humano a lo divino”.

* * *

A este redactor de pensadas memorias virreinales, Rector por tres veces de la casa de San Marcos, polígrafo eminente, corresponsal ilustre de Feijóo, asocia mi palabra la adhesión del Instituto Riva-Agüero. Al hacerlo destaco el acierto, de la Academia de la Historia en haber convocado a nueva tertulia académica a hombres de distintos saberes y de mundos distantes, para repetir acá, a tres siglos de nacido, himnos que porque dicen nuestro elogio a Peralta rubrican nuestra fe en la persistencia de la cultura latinoamericana.